EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

EL RETRATO DE MACARIA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON RAFAEL MARIA LIERN.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ—CALVARIO, 18.
1874.

EL RETRATO DE MACARIA.

EL RETRATO DE MACARIA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON RAFAEL MARIA LIERN

Puesto en escena con extraordinario aplauso en el Teatro de VARIEDADES la noche del 19 Enero de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA COLUMBA............	D.ª Concepcion Rodriguez.
PINOVERDE................	Sr. D. Antonio Riquelme.
DON CASTO................	Sr. D. Ricardo Zamacois.
LUIS........................	Sr. D. Andrés Ruesga.
ROJO........................	Sr. D. Mariano Martinez.

La accion en Madrid, en nuestros dias.

ACTO UNICO.

Un despacho.—Puerta en el fondo: otra en el primer término de la derecha. Á la izquierda el escritorio: muebles elegantes —Apariencia rica en el aspecto general de la decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, D. CASTO.

D. Casto sentado al bufete; Luis de pie.

CASTO. Sí señor, lo repito; no tienes sentido comun. Esta es la octogésimaquinta novia que te ofrezco en mes y medio... y nada, no la quieres.

LUIS. Pero, papá, si eso es un mamarracho.

CASTO. Cómo mamarracho? (*Se levanta trayendo del bufete un retrato de tarjeta.*) Mamarracho dice y tiene las facciones más bonitas!... Mira qué nariz.

LUIS. Sí, como el pico de un loro.

CASTO. Esta es raza borbónica.—Qué entiendes tú de narices? Y qué ojos tan insinuantes! Y qué boca tan picaresca!

LUIS. Si eso es una gallegaza con unos mofletes... (*D. Casto hace un gesto.*) Será, si usted quiere, la Venus de Médicis, pero yo no me caso con ella.

CASTO. Pues te casarás y te casarás. Esta muchacha es rica; su

padre le da veinte mil duros de dote, y yo necesito ese dinero para dejar la tienda.

LUIS. Pero cree usted, papá, que no hay más que casarse con una mujer á quien no se quiere?

CASTO. Te digo que necesito dinero. Por culpa tuya me veo obligado á seguir al frente de este comercio... y me cuesta muy sendas onzas la continuacion. Los tiempos están malos para comerciar, y sobre todo para comerciar en guantes. Esto no es para tiempos democráticos. Contando con tu obediencia, y seguro de que no te opondrías á la boda, he pedido al padre de esta jóven tres mil duros—que me hadado—y que se desquitarán del dote. Conque no te cases y me has arruinado para siempre, y no á mí, sino á mi socio tambien.

LUIS. Y usted le habrá dicho que yo consiento en la boda?

CASTO. Naturalmente; por eso me ha hecho el anticipo.

LUIS. Pues es menudo el pastel!.

CASTO. Y tan gordo, que á poco que tú tires de la manta se descubre.

LUIS. No he visto una situacion más comprometida! (Se sienta en una butaca.)

CASTO. (Se casará. Es buen muchacho y no pondrá en un brete la honra de su padre.) Aquí está mi socio.

ESCENA II.

DICHOS y ROJO. Entra precipitadamente.

ROJO. Me alegro de encontrar á ustedes juntos. Dí, Luis, ha pensado en la muestra de la tienda? Yo tengo el proyecto más elegante!

LUIS. Para muestras estoy yo en este momento. Pregúnteselo usted á mi padre. (Váse rápidamente por el foro.)

CASTO. Já, já. (Rie: se halla sentado al bufete.)

ROJO. Pero qué le ha dado á ese muchacho? Qué tiene?

CASTO. ¡Que va á casarse! Já, já.

ROJO. Pues se conoce que hace á gusto la boda.

CASTO. Una boda soberbia! Veinte mil duros de dote! Pero ahora estoy muy ocupado y no puedo extenderme en detalles.

ROJO. Tiene usted razon. Conque cómo quiere usted que se haga la muestra.

CASTO. Insiste usted en hacerla?

ROJO. Ya lo creo Habiendo renovado por completo los escaparates, los aparatos del gas, el mostrador y todo, cómo quiere usted que dejemos la muestra antigua? Sería un pegote.

CASTO. Es verdad!

ROJO. Qué le parece á usted que podemos hacer? Yo tengo un proyecto muy elegante.

CASTO Qué largo tiene la muestra?

ROJO. Un metro sesenta y cinco.

CASTO. Es muy poco.

ROJO. Eso digo yo. En un metro sesenta y cinco no cabe nada verdaderamente majestuoso y admirable.

CASTO. Pues yo pondría sencillamente: Fábrica de guantes, y fábrica en abreviatura.

ROJO. Hombre, es de muy mal gusto. Yo había pensado pintar un salon de baile con mucha gente, calzándose los guantes. Todo el mundo haciendo así, y así... sería muy pintoresco.

CASTO. Pero impropio. Los guantes no se calzan en el salon.

ROJO. Hombre, al salir del ambigú...

CASTO. Pero habían de haber cenado todos de un golpe?

ROJO. Es verdad. Quiere usted que pongamos: «Aquí se... Unos suspensivos, y luégo una mano colosal haciendo así... (Moviéndola.)

CASTO. No señor, porque eso quiere decír: aquí se le larga una *bofetá* á cualquiera.

ROJO. Cierto. Pues no sé qué hacer...

CASTO. Discurra usted, que ello vendrá.

PINOV. (Dentro.) No, si yo conozco perfectamente el despacho

CASTO. (Levantándose.) ¡Oh aquí está Pinoverde, el futuro suegro de mi hijo.

PINOV. Casto, por dónde andas?

CASTO. Por aquí. (Sube al foro.)

ROJO. Yo no desisto de la mano. Eso de hacer así es muy llamativo. (Váse por la derecha.)

ESCENA III.

D. CASTO, PINOVERDE, DOÑA COLUMBA. Son dos tipos raros.

CASTO. Bien venido! (Se abrazan.)

PINOV. Cómo estás?

CASTO. Señora, á los piés de usted.

COL. Beso á usted la mano.

CASTO. Siéntese usted en esa butaca, y tú donde quieras. Yo, al lado de la señora. (Siéntanse los tres.) Cómo les ha ido á ustedes por Valdemoro?

COL. Bien; pero yo no he nacido para el campo.

CASTO. Mucha caza?

PINOV. Mucha.

COL. Ya lo creo. No hemos hecho mas que matar mosquitos. Yo estaba deseando volver á Madrid.

PINOV. Por la impaciencia de conocer á tu futuro yerno.

COL. Y me ha gustado mucho. Es un chico como unas perlas.

CASTO. Luego han visto ustedes á mi hijo?

COL. Bajaba cuando nosotros subíamos. Dice que va á volver. Mira, Pinoverde...

PINOV. Qué quieres, Columba?

COL. Mientras yo descanso podías salir á buscar casa de huéspedes.

CASTO. Cómo se entiende!...

COL. Mire usted que pienso estar en Madrid lo ménos quince dias, porque como mi querida hija—su nuera de usted —se va cansando de no verme.

CASTO. Aunque tarde usted un año en volver á Segovia á recoger á mi adorada nuera, no se sale de esta casa. Les he preparado habitacion.

COL. En fin, como usted quiera.

PINOV. Quién resiste á tanta amabilidad?

CASTO. La habitacion no es un palacio, porque ya saben ustedes cómo se escatima el terreno en Madrid; pero en fin, ustedes se arreglarán como puedan.

COL. Es usted muy amable.

CASTO. Lo que está es muy bien situada. Entre la cocina y el cuarto de las máquinas de coser.

COL. Tiene chimenea?

CASTO. No; pero como pared por medio tiene el fogon, está tan abrigadita...

PINOV. Ya.

CASTO. Y luégo que no se siente una mosca.

PINOV. Eso es bueno.

CASTO. No llega más ruido que el de las máquinas de coser.

PINOV. Hay muchas máquinas?

CASTO. Pocas. Veintidos.

COL. Caramba. No dejarán dormir.

CASTO. Al contrario. Como van á compás... Tic, tac, tic, tac.. Es un arrullo delicioso... pero no se trabaja hasta las seis de la mañana. Así que desde esa hora en adelante, hay un ruidillo tan armonioso, que se encandila uno, y es capaz... (Es capaz de despertar á los leones del Congreso.)

COL. Eso no me disgusta. Á mí me acostumbró á los arrullos mi nodriza.

CASTO. Pero ya no se acordará usted de ellos.

COL. Sí.

PINOV. Es que tuvo el pecho hasta los siete años.

CASTO. (Mamar es!)

COL. Hay lavabo?

CASTO. Naturalmente. Y he mandado poner dos camas. Eso es muy elegante.

COL. Pues sobra una.

PINOV. Sí, hijo mio, sí, juntitos. (Con resignacion cómica.)

COL. Yo en ciertas cosas sigo montada á la antigua.

PINOV. Y perchas? Porque hay que dejar todas estas cosas.

CASTO. ¡Qué distraccion la mia! Tengan ustedes la bondad de

pasar á su cuarto. (Recogen entre todos maletas, sombrereras, mantas y demas efectos de viaje.)

COL. Con mucho gusto.

PINOV. Quita.

CASTO. No faltaría más!

COL. Es por aquí?

CASTO. Sí señora. (Por la izquierda.) No hay más que seguir el corredor. (Abre la puerta Doña Columba.)

COL. Puff! Cómo huele á sardinas (Entra.)

CASTO. Es que he mandado reforzar el almuerzo...

PINOV. Has armado la reserva? (Entra.)

CASTO. ¡Siempre tan gracioso! (Claro, me ha prestado tres mil duros. (Entra.)

ESCENA IV.

LUIS por el foro, ROJO, por la derecha.

LUIS. Ya tenemos en casa á los suegros. Esto va á escape. Mi señor papá tiene tres mil duros tomados sobre la dote de mi novia. Si no me caso lo pongo en ridículo, porque hoy por hoy no puede pagar, y si me caso me fastidio, porque como no me gusta la novia...

ROJO. Pues tambien he pensado que no estaría mal un hato de cabritos.

LUIS. Cómo de cabritos? Dónde.

ROJO. Dónde ha de ser? En la muestra.

LUIS. Ah! Pues el animalito es oportuno en estos momentos.

ROJO. Yo lo digo, porque como los guantes se hacen de la piel...

LUIS. Pero quién le habla á usted ahora de la muestra!

ROJO. Pues ello hay que resolver una cosa ú otra. Sin muestra no nos hemos de quedar.

LUIS. El que tiene que tomar una resolucion soy yo.

ROJO. Te casas por fin?

LUIS. No me caso.

ROJO. Hombre, por Dios; no nos juegues una mala partida. Mira que hemos hecho muchos gastos preparatorios.

Por qué no te casas?

LUIS. Pero á mí me hacen mucha gracia estas gentes. No parece sino que sea yo un setenton. Tengo veintiseis años; las mujeres dicen que no soy feo... y quién sabe á lo que yo puedo aspirar.

ROJO. Pero es preciso que descanses á tu padre. El pobre está cascado, y si tú no te pones al frente del despacho no podrá ir al campo á plantar lechugas... que es su sueño dorado.

LUIS. Ni por esas. Yo no me caso.

ROJO. Aquí hay misterio.

LUIS. Pues le hay y grande. Estoy enamorado de otra mujer. Una mujer con un pie así, y una mano...

ROJO. Así.

LUIS. Y una boquita así, y unos dientecitos...

ROJO. Así. Lo de todos los enamorados.

LUIS. Y un hoyuelo... y una barbita... y un cuello... y un nacimiento de pecho... y...

ROJO. Estaciónate. (Muy serio.)

LUIS. La conocí en el teatro de la Zarzuela, en el anfiteatro. La muchacha iba con su tia, y naturalmente, trabamos conversacion.

ROJO. Lo de siempre.

LUIS. Yo empecé por hacerle la córte á la tia.

ROJO. Claro, por la peana se adora al santo.

LUIS. Una politicona tremenda.

ROJO. Reaccionaria por supuesto.

LUIS. Cá! Republicana por todo lo alto. Llevaba en el pecho una fotografía de Castelar.

ROJO. Buena se pondría la tarjeta!

LUIS. Yo no le llevaba la contraría; y mientras desenvolvía sus ideas me comía á la chica con los ojos. La pobrecilla se ponía encarnada unas veces, bajaba los ojos, los volvía á levantar, se arreglaba los puños y el cuellecito, mortificaba el abanico, en fin, todos los síntomas de una pasion naciente.

ROJO. Sigue.

LUIS. Yo estuve lo más fino que se pueda imaginar. La pisé un pie.

ROJO. Á la chica?

LUIS. No, hombre, á la tia. Al acabarse la funcion les dí los abrigos, y luégo la ayudé á ponérsele á la salida del teatro.

ROJO. Á la muchacha.

LUIS. No, hombre, á la tia. Ya en la calle las obligué á tomar un coche—que pagué—y supe por este medio dónde vivian, porque tuvieron que darle las señas al cochero delante de mí.

ROJO. Muy bien.

LUIS. Al entrar en el coche se le cayó un pañuelo.

ROJO. Á la niña!

LUIS. Dale! Á la vieja; pero yo no devolví el pañuelo con objeto de poder hacerlas una visita, so pretexto de devolucion. Las visité efectivamente, y estoy desde aquel dia más enamorado que Cupido. Así es que no me caso.

ROJO. (¡Calla, que está aquí Pinoverde!)

ESCENA V.

DICHOS y PINOVERDE.

PINOV. (Distraido y tentándose los bolsillos.) ¡Cosa más particular! No sé dónde está.

LUIS. Se le ha perdido á usted algo?

PINOV. Sí. (Buscando por todas partes.) Mi mujer no habrá sido. Las distracciones me van á costar un disgusto.

ESCENA VI.

DICHOS y DOÑA COLUMBA.

COL. Pinoverde? Ah! que estás aquí.

PINOV. Sí, jilguero mio.

COL. Huéleme...

PINOV. Cómo que te huela?

COL. Sí, huéleme... hombre. No observas qué peste á sardinas?

PINOV. Con efecto.

COL. Esto no se puede resistir. ¡Oh, que está aquí mi futuro yerno!

LUIS. Señora...

COL. Tiene usted libre un momento. Quiere usted que echemos un párrafo?

LUIS. Con mucho gusto.

ROJO. Yo me retiro.

PINOV. Aquí no incomoda usted.

ROJO. Gracias: pero tengo que pensar en la muestra. Señores... (Saluda y váse.)

ESCENA VII.

DICHOS ménos ROJO.

COL. Siéntese usted á mi lado.

LUIS. Es una honra para mí.

PINOV. (Estoy temblando por si dice una barbaridad.)

LUIS. (Llegó el momento decisivo.)

COL. Usted no extrañará mi deseo de esta entrevista, aunque á decir verdad...

PINOV. Tratándose de una cosa tan sencilla como un matrimonio entre personas que no se conocen...

COL. Calla.

PINOV. No es menester, á mi juicio, que medien explicaciones mútuas.

COL. Cómo es eso?

PINOV. No, tórtola mia; no te enfades. Quise decir...

COL. Que no sabes lo que te dices.

PINOV. Pero...

COL. Que te calles. Siempre serás el mismo.

PINOV. Como que no puede ser mi hermano.

COL. Pues decía, que parece natural que una madre pro-

cure indagar las inclinaciones y sentimientos del novio de su hija.

PINOV. Así como el novio procure conocer los de la hija de aquella madre, esposa del padre al mismo tiempo, y los de toda la parentela si le da la gana.

LUIS. Me parece muy natural todo ello.

COL. Pues hablemos con franqueza.

PINOV. Nosotros nos trasparentamos á fuerza de ser francos.

COL. Yo soy de vidrio, materialmente.

PINOV. Y yo.

LUIS. Y yo de cristal.

PINOV. Pues ya tiene usted aquí tres reverberos.

LUIS. Cuidado con tropezar, que nos podemos romper. (Rien.)

COL. Vamos á ver, hablemos formalmente.

LUIS. (Voy á hacer que me nieguen la mano de su hija.)

COL. Usted bebe?

LUIS. No señora.

COL. Juega usted?

LUIS. Tampoco.

COL. Usted fuma?

LUIS. Sí señora. En pipa.

COL. Caramba!

PINOV. Á mí me marea.

LUIS. Usted me ha dicho que hemos de ser de cristal.

COL. Sí, sí. La verdad por delante. Sigo mi interrogatorio. Es usted trasnochador?

LUIS. Despues del teatro un mojicon en casa de doña Mariquita...

COL. Un mojicon! Es usted pendenciero? (Alarmada.)

PINOV. No, mujer, no es eso.

LUIS. Pero óigame usted.

COL. ¡Pobre doña Mariquita! Dar de mojicones á una señora.

PINOV. Que no es eso, digo.

LUIS. Mojicon es un bollo, un bizcocho.

PINOV. Y doña Mariquita una señora en la cual toma uno el chocolate.

LUIS. Qué barbaridad! La dueña de un establecimiento donde

se sirve un chocolate esquisito.

PINOV. Eso es.

COL. Ya. Me había alarmado. Vamos á ver, y perdone usted este lapsus, esta es la pregunta más interesante. Le gustan á usted mucho las mujeres?

LUIS. (Levantándose.) Ah! Me ha herido usted la cuerda sensible. (Declamado.)

COL. Pero le gustan á usted, sí ó no!

LUIS. Que si me gustan? Á mí me gustan todas, todas en general.

PINOV. Pero las rubias le gustan más. (Rie.)

LUIS. Las rubias, las morenas, las castañas y las verdes si las hubiera me gustarían tambien. Si hasta me gusta esta señora! (Por Doña Columba.)

COL. Insolente! Atrevérseme á mí!

PINOV. Es natural! Este jóven se atreve con cualquier cosa.

COL. Otro insulto!

LUIS. Las mujeres ha dicho usted? Hay una sobre todo, á la cual estoy ligado con lazos criminales, y esa es la que absorbe todos mis sentidos. (Fingiendo un arrebato de celos.) Por qué será casada?

COL. Amante de una mujer casada!

PINOV. Nunca me he visto yo en otra!

LUIS. Y no es eso lo peor.

COL. Hay más aún.

PINOV. Claro, porque si no fuera más que eso...

COL. Cállate, subersivo. (Furiosa contra su esposo.)

PINOV. No te enfades, golondrina.

LUIS. Lo grave, lo verdaderamente grave, lo que asusta es que yo la amo como un tigre y ella me ama como una pantera.

PINOV. (Pues el dia que regañen ayúdeme usted á sentir.)

LUIS. Esa mujer, que conoce mis proyectos de boda, me ha amenazado para el caso que la realice con decírselo todo á su marido.

COL. Jesús!

PINOV. (Riendo.) De modo que el bobalicon no sabe lo que

ocurre.

LUIS. Ni esto!

PINOV. Vamos, hay cada lila que divide! (Otra risa.)

COL. Pinoverde, Pinoverde...

PINOV. Permíteme una expansion, verderoncito.

LUIS. ¡Qué situacion si el marido llega á saberlo! Porque han de saber ustedes que ese hombre es un leopardo.

PINOV. Otro?

LUIS. Y sus primos, que viven con él, son dos hienas.

PINOV. ¡Bonita familia!

LUIS. (Declamado.) Créanme ustedes. El dia de la boda, al pie mismo del altar, sería capaz de atravesar mi corazon de una puñalada despues de asesinar á su hija de ustedes.

COL. Ay! ay! (Cae accidentada sobre una silla.) Yo me muero de susto.

PINOV. (Muy apurado.) Vuelve en tí, vuelve en tí, cotorruela, canario de mi vida.

COL. Agua, agua.

PINOV. Yo no la tengo encima. Si quisieras unos torrados.

LUIS. Tranquilícese usted, señora; y usted, en cuyos ojos brilla la luz de la virtud, usted me llevará al buen camino con sus consejos. Hábleme usted, llámeme hijo suyo yerno querido.

COL. Mi yerno? Nunca.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. CASTO.

CASTO. Qué voces son estas?

COL. Su hijo de usted nos ha engañado infamemente.

PINOV. De una manera inconcebible!

CASTO. Luis...

COL. Tiene relaciones con una mujer casada.

CASTO. Eso no es posible!

LUIS. (Con hipocresía.) Por desgracia es cierto.

COL. Usted lo oye. Todo acabó entre nosotros. Renuncie

usted á la mano de mi hija.

CASTO. Eso no. Todo puede arreglarse.

COL. No, señor don Casto.

PINOV. No, señor don Casto.

COL. Saca nuestro equipaje y vámonos de aquí.

CASTO. Pero señores, la cosa no es tan grave.

COL. Y que hable de ese modo un hombre que se llama Casto. Basta, ni una palabra. El equipaje; y usted, (*Á Don Casto.*) devuélvame los tres mil duros anticipados á cuenta del dote.

CASTO. (Esta sí que es la gorda.)

COL. En seguida estoy aquí para recoger el dinero. Echa tú por delante, (*Á su marido.*) que has de ponerme las botas. (¡Pero cómo huele á sardinas!) (*Entran por la izquierda.*)

ESCENA IX.

D. CASTO, LUIS.

CASTO. Buena la has hecho!

LUIS. ¡Qué quiere usted! (Le hacen creer que es verdad.)

CASTO. Relaciones con una mujer casada!

LUIS. No tengo yo la culpa, bien lo sabe Dios.

CASTO. La tengo yo, verdad? Pero por qué lo has confesado? Sobre todo á los suegros.

LUIS. No sé engañar á nadie.

CASTO. Engañar, engañar. Haberlo dicho despues de casado, y ya estaba asegurada la felicidad. La mujer enamorada perdona todas las faltas pasadas del marido, si se le confiesan al amanecer. En fin, te he dicho, y lo repito ahora, que esta boda se realizará.

LUIS. Perdone usted, papá; yo lo siento mucho, pero no me caso. (*Váse.*)

CASTO. Cómo se entiende?

ESCENA X.

D. CASTO y PINOVERDE.

PINOV. Hola, chico.

CASTO. Ah, eres tú? me alegro. Ya comprenderás el disgusto que me devora! Quiero que tengamos una explicacion

PINOV. Eso es lo que yo busco. Esa mujer me asfixia.

CASTO. Una boda como esta no se deshace así como se quiera.

PINOV. Eso es lo que yo digo.

CASTO. Porque... en fin, hay tres mil duros por medio.

PINOV. Eso es lo de ménos.

CASTO. Tú siempre tan generoso.

PINOV. Sí; porque eso, con devolvérmelos, queda concluido.

CASTO. Gracias. Pero en el momento no puedo; yo he colocado los fondós.

PINOV. Diablo!

CASTO. Y ya sabes tú lo que son asuntos mercantiles. Ademas que esto no es más que una nubecilla de verano. Todo se compondrá.

PINOV. Pero si el muchacho dice que el marido es un tigre.

CASTO. Él se amansará. Esos tigres no se comen á nadie. Ya sabes que los dos hemos sido jóvenes.

PINOV. Y hemos domesticado algunos tigres y otras fieras. (Empiezan ambos á reir.)

CASTO. Si hubiéramos tenido que ser devorados nosotros cada vez que...

PINOV. Tunante.

CASTO. No quedarían de nosotros...

PINOV. Ni la corbata. (Rien.) ¡Qué tiempos aquellos!

CASTO. No puede uno recordarlos sin estremecerse de alegría.

PINOV. Valiente par de pillos!

CASTO. Y estás muy conservado!

PINOV. No tengo mal ver! Y la misma fogosidad, la misma— no sé cómo explicarme—de la juventud.

CASTO. Y yo.

PINOV. Aún tengo belencillos.
CASTO. Y yo tambien.
PINOV. Es que tú siempre has sido tan travieso casi como yo.
CASTO. Quieres que buscando un pretexto almorcemos fuera de casa.
PINOV. Hombre, si Columba está hecha una furia.
CASTO. Y para cuándo es la entereza?
PINOV. No, si cuando yo me pongo serio ella no chista. Lo que hace... (Es arrimarme un lapo.)
CASTO. Mira, yo conozco mucho el *Europeo*. Hay unos gabinetitos... y con decir á las oficialas de casa... hay una rubilla...
PINOV. Mi color.
CASTO. Y una morenilla...
PINOV. Mi color tambien.
CASTO. Y una trigueña...
PINOV. Mi color.
CASTO. Te decides?
PINOV. Decidido. Ya verás tú lo que soy yo en los postres.
LOS DOS. Já, já, já.
CASTO. Allí arreglaremos todos los asuntos. Yo voy á buscar el pretexto.
PINOV. Y yo á apaciguar á Columba.—Crápula.
CASTO. Y champagne. (Van y vuelven á cada palabra.)
PINOV. Y ostras.
CASTO. Y mucha mostaza.
PINOV. Y langostinos.
CASTO. Y almejas.
LOS DOS. Já, já!
PINOV. Valiente par de lipendis!

ESCENA XI.

DICHOS y ROJO.

ROJO. Que no sé qué poner en la muestra.
CASTO. Pon unas pescadillas. Ay! bárbaro de mí.
ROJO. Qué?

PINOV. En qué muestra?

ROJO. En la de la tienda. Algo referente á guantes y á piel.. á piel de cabritilla.

PINOV. Entónces... entónces... ponga usted el retrato del tigre. (Rien D. Casto y Pinoverde.)

ROJO. Qué tigre? Ah, no. Ya sé lo que voy á poner. (Váse corriendo.)

PINOV. Ha sido buena ocurrencia. Lo ves, ya me empieza la alegría.

CASTO. Uy, tu mujer. (Quedan serios.)

ESCENA XII.

DICHOS y COLUMBA.

COL. Ya estoy lista. Carga con aquellos chismes y vámonos.

PINOV. Pero dí, calandria de tu pichoncito?...

CASTO. No sé á qué viene esa precipitacion.

COL. Á que no quiero permanecer un instante más en esta casa.

CASTO. Sin embargo, hay dos cuestiones que arreglar. Probablemente la falta de mi hijo tendrá reparacion.

ESCENA XIII.

DICHOS y LUIS.

LUIS. No la tiene, no señor.

COL. Ya lo oye usted.

CASTO. (La casa á cuestas.) Todo tiene remedio en el mundo cuando no nos aconseja la ira. Calma, calma. Mira, Luis, lo primero que debes hacer es romper tus relaciones con esa infame.

LUIS. Papá. Por grave que sea su falta, yo no debo oir ciertas expresiones. Es una mujer desgraciada, pero muy comme il faut y hermosa como un ángel.

COL. Imposible. La cara es el espejo del alma y únicamente las feas...

PINOV. Son capaces de la fidelidad. Sí señor.

COL. Pinoverde!...

PINOV. No quise decir eso. Quise decir que únicamente las feas se casan.

COL. Pinoverde!

PINOV. Y dale! Ea, ya no hablo más.

LUIS. Yo siento, señora, no poder rehabilitarme á los ojos de usted, y despues de pedirle mil perdones, no me resta sino devolver á usted el retrato de su señora hija, á quien hubiera deseado hacer muy feliz. Aquí está. (Le da una tarjeta.)

COL. Pero qué mamarracho es este? Si esta es mi doncella antigua. Una perdigona que puse de patitas en la calle.

PINOV. Es Macaria?

COL. Qué tono es ese?

PINOV. Digo... Es Macaria, la perdigona aquella que pusimos de patitas en la calle.

COL. (Arrojando el retrato.) Yo soy incapaz de producir esos esperpentos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

DICHOS ménos DOÑA COLUMBA.

PINOV. Ay, amigos mios, no me pierdan ustedes.

LUIS. Qué ocurre?

PINOV. Yo lo diré, porque vosotros sois mis amigos y yo os besaré las manos y todo cuanto os diere la gana. Tú eres un grande hombre, y usted, jóven, usted es un guapo chico; yo quisiera tener doce hijas para dárselas á usted.

CASTO. Pero quieres explicarte?

PINOV. El hombre es débil. Macaria es rolliza y ancha. Ya lo dice el retrato.

LUIS. El de la gallega?

PINOV. Cómo sabe usted que es gallega?

LUIS. Por el corte de los ojos.

PINOV. Con ellos me flechó. Aún nos amamos. Ella perdió la

casa por mi culpa y me dió este retrato, que llevo siempre clavado en el forro de la camiseta interior. No sé cómo se me ha caido!

CASTO. Me lo has enviado juntamente con la carta.

PINOV. ¡Qué descuido! Que no lo sepa mi mujer. Cuántos disgustos trae el ser calavera! ¿Ustedes son mis amigos. Yo les besaré las manos y todo. Tú eres un grande hombre y usted un guapo chico, sálvenme!

COL. (Dentro.) Pinoverde. Recoge el equipaje.

PINOV. Hagamos como que reñimos. Siéntate. Tengo una idea. (Siéntase á escribir D. Casto.) Escribe, escribe. Y usted allí. (Á Luis.)

ESCENA XV.

DICHOS y DOÑA COLUMBA.

PINOV. Digo y repito. (Haciendo como que riñe.) que necesito hoy mismo ese dinero.

CASTO. Yo no puedo hacer más que dar un abonaré.

PINOV. Á qué plazo?

CASTO. Á noventa dias.

COL. Á ocho vista.

CASTO. Imposible.

LUIS. Imposible? Pues es preciso, es preciso ver de arreglar este negocio. (Jugando con la tarjeta.)

PINOV. Y se arreglará. (Tape usted eso.) (Muy sofocado.) Verdad que se arreglará, gallinita de mis entretelas.

COL. Se arreglará á sesenta dias.

LUIS. Á noventa. (Repite el juego.)

PINOV. Anda, arréglalo, pavita de Navidad.

COL. Á ocho dias... no; uno más.

PINOV. (Firma, te daré un contrarecibo.) Qué apuro qué apuro! Ah!

CASTO. Bien. Voy á extenderlo, señora. Á ocho dias vista, pagaré... (Sigue escribiendo.)

PINOV. (Ay! me he salvado! Tres mil duros me cuesta la gallega.)

COL. Y usted caballero, aprenda á no atribuir falsas paternidades. Esta es mi hija. (Le da un retrato.)

LUIS. Dios mio. Adela, Adela. (Besando el retrato.)

TODOS. Qué hace este hombre?

LUIS. Besarla. Y me la comería tambien. Esta es la mujer que yo adoro. La del teatro de la Zarzuela.

COL. Qué, es usted el jóven que la acompañó?

LUIS. Con su tia, la que perdió el pañuelo; y por ella he mentido. Todo lo del tigre y la pantera, y la mujer casada, todo es mentira. Farsa para que ustedes me despreciaran y me dieran la libertad de casarme con este ángel á quien adoro.

COL. Pues si ella no habla más que de usted!

TODOS. ¡Qué felicidad! (Unos tras otros van abrazándose todos de una manera cómica y grotesna.)

LUIS. Madre!

COL. Hijo!

LUIS. Papá!

PINOV. Á mis brazos.

CASTO. Y á los mios.

PINOV. No quiero pagarés. (Los rompe.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ROJO.

ROJO. Ya sé la muestra que voy á poner.

PINOV. Á ver si le gusta á usted la que se me acaba de ocurrir. Este letrero:

Finos, buenos y elegantes,
á mano y á maquinilla,
de seda y de cabritilla,
aquí se fabrican guantes.
Vayan ustedes viniendo,
que á más de grandes rebajas,
se regalan doce cajas
al que los rompa aplaudiendo. (Baja el telon.)

FIN DEL JUGUETE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos y tres... dos.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
¡¡El mundo en un armario!!
La venida del Mesias.
Un Milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
Pedro el Veterano.
El retrato de Macaria.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El Can-càn.-¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡¡El Teatro en 1876!!
El príncipe Llla.
Satanás II.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela. [1]
Desde Céres á Flora.
Los amores del diablo.

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor del cami del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.
Un doctor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüela Patillagiega.
Nubolaeta d'estin. [4]

---

1 Música de D. Joaquin Miró.
2 Id. Id.
3 Música de D. F. A. Barbieri.
4 Id. del Sr. Nieto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas. núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería EL TEATRO.